EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CORTAR POR LO SANO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ANTONIO SANCHEZ RAMON.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

CORTAR POR LO SANO.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/cortarporlosanoc00snch

CORTAR POR LO SANO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ANTONIO SANCHEZ RAMON.

Estrenada con gran éxito en el Teatro de VARIEDADES en la noche del 19 de Abril de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

717728

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA	Sra. Espejo.
ROSENDA	Rodriguez (C.).
CRIADA	Matheu.
ENRIQUE	Sres. Vallés.
LORENZO	Alverá.
CÁRLOS	Ruesga.
VICENTE	Mazzoli.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

SEÑOR DON JOSÉ VALLÉS.

Cuyo admirable desempeño ha logrado que se aplauda esta obra, siendo mala.

Su afectísimo amigo,

A. Sanchez Ramon.

Madrid 6 de Mayo de 1879.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante. Puerta al fondo. Otras dos puertas á cada lado. Velador y butacas en primer término; sobre el velador recado de escribir. Un sombrero de copa en una silla.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE tirando con fuerza del llamador en la puerta del fondo. Despues la CRIADA.

ENR. Nada! Á ver si de este modo! Pues señor, estoy divertido! Esto es lo mismo que no tener criados!

CRIADA. (Entra por la puerta del fondo.) Llamaba el señor?

ENR. Hace una hora que estoy llamando! Que venga Vicente.

CRIADA. No está.

ENR. Cómo! Pues dónde ha ido?

CRIADA. Á un recado de don Lorenzo.

ENR. Muy bien! (Siempre don Lorenzo! Dichoso suegro!) Se ha levantado la señora?

CRIADA. Y ha salido tambien.

ENR. Tan temprano? (Y sin decirme nada!)

CRIADA. Ha salido con su mamá á dar un paseo.

ENR. Pasear á las nueve de la mañana en el mes de Marzo!

CRIADA. La señora no quería; pero doña Rosenda se empeñó...

ENR. Basta! Cosas de mi suegra!

CRIADA. Si el señor quiere algo, yo tambien voy á salir.

ENR. Tambien? Eso me gusta.

CRIADA. Á un recado de doña Rosenda.

ENR. Está bien! (Váse la Criada.)

ESCENA II.

ENRIQUE, CÁRLOS.

ENR. Magnífico! Si continúan aquí mis suegros no tendré más remedio que fregar yo mismo los platos y darle betun á las botas. Esto no puede seguir así.

CARLOS. (Por el fondo.) Pero chico, ¿en qué piensas? Te estás con esa calma y nosotros esperándote para ir al entierro!

ENR. Pues mira, márchate, porque no puedo acompañaros.

CARLOS. Cómo?

ENR. No tengo sombrero.

CARLOS. Te burlas?

ENR. Nada de eso. Mira qué hermosas pintitas dejó en este el agua de anoche.

CARLOS. Pues bien, el otro.

ENR. Lo mandé ayer á casa de Galvan para que le pasasen la plancha.

CARLOS. Que vaya el muchacho en un instante.

ENR. El muchacho! Olvidas que están aquí mis suegros? Abuí no hay muchacho ni muchacha ni nadie á quien no traigan al retortero! El mejor dia me mandan á la plaza... por cebollas.

CARLOS. Chico! Tú exageras.

ENR. Ójala! Ay, Cárlos! Esto no es vivir! Vinieron anteayer á pasar una temporada á nuestro lado; pues bien, desde anteayer acá he salido á berrinche por hora.

CARLOS. Has aprovechado el tiempo.

ENR. No lo sabes bien. Por supuesto que ellos tampoco lo han perdido. Traen la casa completamente revuelta. Yo no tengo criados, no tengo casa, no tengo nada mio.

Qué más? no tengo mujer. Si permanecen quince dias aún preveo una catástrofe.

CARLOS. Qué disparate!

ENR. Sí, Cárlos. Esta es la filoxera de las familias. Digo mal... Es la dinamita, es un torpedo matrimonial, y el mejor dia estallamos todos.

CARLOS. Pobre Enrique!

ENR. Crees tú en mi amistad, Cárlos?

CARLOS. Hombre...

ENR. Pues bien; vas á casarte, ¿no es eso? Y tú futura ¿tiene papás?

CARLOS. Y de los más robustos.

ENR. Pues no te cases. Es consejo de amigo.

CARLOS. Já! já!

ENR. No te rías! Te hablo de veras. Desgraciadamente soy experimentado en el asunto... y tan experimentado!

CARLOS. Te compadezco. Llevas cuarenta y ocho horas de suegros y ya no puedes digerirlos. Hay que convenir en que el manjar es pesado. (Suena estrepitosamente la campanilla.) Calla! Qué es eso?

ENR. Qué ha de ser! Mi suegro! En la suavidad con que llama lo conozco! Vámonos de aquí.

CARLOS. Pero sin sombrero?

ENR. Llevaré este. Con boina, con montera saldría yo á la calle con tal de escapar.

ESCENA III.

DICHOS, D. LORENZO, saliendo furioso de su cuarto.

LOR. No han oido ustedes que he llamado?

CARLOS. (Á Enrique.) (Ya caiste!)

ENR. (Á Cárlos.) (Eh? Qué tal?) Sí señor, lo hemos oido, pero suponíamos que llamaría usted al criado.

LOR. Y dónde está?

ENR. Me lo pregunta usted á mí?

LOR. Lo tendrá usted entretenido.

ENR. No señor. Dispénseme usted. Yo no me permito dispo-

ner de mis criados.

LOR. Es que hace más de un cuarto de hora que lo mandé á la estacion del mediodia.

ENR. Para ir solo necesita una hora.

LOR. Será con usted, que acostumbra mal á los sirvientes. De mí no se rien.

CARLOS. (Bajo á Enrique.) (Vamos, chico, vamos.)

ENR. (Bajo á Cárlos.) (Sí, vámonos, porque...)

LOR. Se marchan ustedes?

ENR. Sí, señor... Si usted no dispone otra cosa...

LOR. Y á dónde?

ENR. (Bajo á Cárlos.) (Oyes?)

CARLOS. Á un entierro.

LOR. Á un entierro, eh? Jé! jé!

ENR. Ves, hombre, ves? Bajemos por esta escalera y llegaremos más pronto. (Dirigiéndose á la puerta del segundo término de la izquierda.)

CARLOS. Hasta luégo.

LOR. Ah! Se van ustedes por la escalera del jardin?

ENR. Sí señor, qué? (Incomodado. Vánse.)

LOR. Jé! jé! Nada, nada... Conque á un entierro?

ESCENA IV.

LORENZO, despues ROSENDA y AMALIA por el fondo.

LOR. Este debe ser un perdido y su amigo otro que tal. Á dónde irán ahora? Y por este lado, como quien dice de *ocultis*. En mis tiempos había más moralidad. Cuando yo era cadete de caballería...

ROS. Ay! vengo reventada!

AMALIA. Buenos dias, papá.

LOR. Buenos dias,

AMALIA. Mira cómo vengo. Tiritando. Hace un frio!

ROS. Pues no dice que hace frio! Yo estoy hecha un mar de sudor!

AMALIA. Porque estás gruesa.

ROS. Lo mismo creí encontrarte; pero no! Llego y te veo convertida en un alfeñique. Qué tal vida te dará tu marido?

AMALIA. Muy buena, mamá.

ROS. Para el tonto que lo crea. Ayúdame á quitarme esto. (Á Lorenzo.) Hemos estado en la casa de fieras; allí creí encontrarte.

LOR. Con las fieras?

ROS. Como dijiste que nos esperarías...

LOR. No he salido! He mandado el chico á la estacion á ver si ha llegado el equipaje. Por cierto que ya tarda. ¡Qué criados tienes, hija mia!

AMALIA. Enrique está muy contento con él.

LOR. Enrique es un papanatas.

AMALIA. ¡Papá!

LOR. Y puedes vanagloriarte con tu esposo.

AMALIA. ¿Qué ha hecho? (Viendo abierta la puerta del cuarto de Enrique.) ¡Cómo! ¿Ha salido?

ROS. ¡Ha salido ya! Las once de la mañana y ya está en la calle! ¡Qué escándalo!

LOR. Vino por él su amigo Cárlos.

ROS. ¡Su amigote! ¡Si desde el primer instante se me atravesó á mí el tal Carlitos!

AMALIA. ¿Pero qué tiene de particular que hayan salido juntos? Y ahora recuerdo; ayer me dijo que tenía que asistir á un entierro.

ROS. ¡Inocente!

LOR. ¡No será mal entierro! Y con una circunstancia agravante.

AMALIA. ¿Cuál?

ROS. Habla, Lorenzo, habla sin rodeos. Nosotros tenemos el deber de advertir á nuestra hija.

AMALIA. Me asustais.

LOR. (Señalando segundo término.) Han salido por allí, por aquella puerta. ¿Comprendeis?

ROS. ¡Ah! sí: ¡cállate! ¡Infames!

AMALIA. Pues yo no comprendo. Por ahí se baja más pronto.

LOR. Vamos, vamos. ¡Esta chica es tonta!

ROS. De capirote.

LOR. Será indispensable que yo tome cartas en el asunto.

AMALIA. Si no os explicais...

ROS. Dices bien. Si ese hombre es un libertino, no le hemos entregado nuestra hija para que nos la mate.

AMALIA. ¡Matarme Enrique! Si es tan bueno.

LOR. ¡Me voy! ¡No puedo oir tanta sandez! (Se dirige á su cuarto.)

ESCENA V.

DICHOS, VICENTE por el fondo.

VIC. (Con miedo.) ¡Señor!...

LOR. ¡Ah! ¡Ya era tiempo! (Le da un puntapié.)

VIC. ¡Ay!

LOR. ¿Y el equipaje?

VIC. No, no ha venido.

LOR. Seguramente no habrás preguntado á nadie.

VIC. Sí, si he preguntado.

LOR. ¡Está bien! Entra á limpiarme las botas.

VIC. (No deben estar sucias, porque se las limpia él en mis pantalones.) (Entran las dos en el cuarto de Lorenzo.)

ESCENA VI.

ROSENDA, AMALIA.

ROS. ¿Qué cansada estoy! Ven aquí á mi lado... Así... ¡seis meses separada de tí! Me han parecido seis siglos.

AMALIA. Y á mí tambien, mamá. (Abrazándola.)

ROS. Lo comprendo, hija mia; tú acostumbrada á tantos mimos...

AMALIA. ¡Oh! En cuanto á eso... Enrique me quiere.

ROS. No lo dudo, pero... De recien casada siempre decía yo lo mismo.—«Lorenzo me quiere: soy muy feliz.»

AMALIA. ¡Hablo de veras, mamá! Yo estoy satisfecha de Enrique

y Enrique creo que lo estará de mí.

Ros. ¿Pues no ha de estar? ¡No faltaba más! ¡Pues qué! ¡La educacion que yo te he dado! ¡Y los sentimientos que te he infundido!

AMALIA. Pues ya ves, que no dando yo motivos, no puede haber disgustos.

Ros. Tú no los darás: ¡ya lo creo! pero ¿y él?

AMALIA. ¡Todo su afan es complacerme!

Ros. ¡No te fíes! Esos complacientes, esos que parecen bobos, son los peores.

AMALIA. Es más: en ocasiones parece que adivina mis deseos.

Ros. ¡Malo!

AMALIA. ¡Qué dices! Pues yo creí... Yo veo en eso una prueba de su cariño.

Ros. No digo que no. Pero tambien puede serlo de su doblez.

AMALIA. No entiendo.

Ros. ¿No comprendes, tontuela, que esa conducta que tanto te seduce en tu esposo, pudiera ser muy bien una añagaza para embobarte y gozar él de mucha mayor libertad?

AMALIA. ¡Jesús, mamá! No digas eso de Enrique.

Ros. No... no... Ten en cuenta que yo no afirmo nada... ¡Líbreme Dios! Mas con los maridos es bueno siempre estar alerta. ¿Vigilas al tuyo?

AMALIA. ¿Para qué?

Ros. ¿Sabes qué hace? ¿Á dónde va?

AMALIA. ¿No lo he de saber? De dia á su cátedra, á la Universidad...

Ros. Eso es lo que te dice. ¿Y de noche?

AMALIA. Conforme... Al teatro ó al Ateneo... ó...

Ros. ¡Qué escándalo! ¿Y no te lleva?

AMALIA. Algunas veces.

Ros. ¡Algunas! ¿Y las demas noches? ¿No sospechas que puede ser un pretexto.

AMALIA. ¡Qué horror! ¿Y tú imaginas?...

Ros. ¡No te alarmes! Todos son iguales, hija... ¿Cuánto te se-

ñala Enrique para tus gastos particulares?

AMALIA. Nada.

ROS. ¡No deja de ser espléndido!

AMALIA. Ya sabes que cuando necesito algo...

ROS. Sí, por no pedirlo te morirás en un rincon, y él se vale de eso para triunfar y gastar.

AMALIA. No lo creas; no gasta más que en tabaco, y alguna que otra vez en café.

ROS. ¡Vicios, siempre vicios! Mira si cuida de ir elegante... ¡el presumido!

AMALIA. Va decente, mamá. Ya ves su cargo... No puede ser más económico... Se hace un traje para cada estacion.

ROS. ¡Económico! De modo que si el año tuviera veinte estaciones...

AMALIA. Como no las tiene...

ROS. ¿Y tú, en tanto, arrinconada con tus guiñapos?

AMALIA. ¿Guiñapos? En nada de tiempo me ha mandado hacer seis trajes contra todo mi gusto... Esto sin contar con los dos aderezos.

ROS. ¿Y eso te parece mucho? Yo no te mandaba hacer trajes, porque estabas creciendo, pero ahora... Otra buena cualidad de tu Enrique... ¡avaro! ¿Y el genio? ¿Se incomoda muy amenudo?

AMALIA. En ocasiones.

ROS. ¡Y pega contigo!

AMALIA. ¡Eso no! Pero no sabe fingir; se le conoce á la legua.

ROS. ¡Bien me lo decía el corazon! «¡Tu hija es una víctima! Tu hija es un infeliz cordero que ha caido en las garras del lobo!»

AMALIA. ¡No digas eso!

ROS. Sí, Amalia. ¡Si tuvieras más experiencia!... Lo mismo que yo he amansado á tu padre amansa á tu marido. ¿Qué, se incomoda? Llámalo al órden, pero con energía.

AMALIA. ¡Si vieras qué dura es para mí eso!

ROS. ¡Ya te acostumbrarás! ¡Cuando yo te lo digo! ¿Qué ha

de querer una madre para la hija de sus entrañas?

AMALIA. Es verdad.

ROS. ¿No me has dicho ántes que Enrique no te quiere llevar hoy al concierto del Conservatorio?

AMALIA. Es cierto; como que á la misma hora tiene que explicar no sé qué asignatura en el Ateneo.

ROS. No importa. Tienes un magnífico pretexto para explorarlo. Para saber si tu Enrique, de quien tan enamorada estás, te corresponde ó no te corresponde.

AMALIA. ¿Y cómo?

ROS. Pidiéndole otra vez que te lleve al concierto.

AMALIA. ¡Pero, mamá!...

ROS. Si te quiere de veras, todo lo abandonará por complacerte. Guíate por mí... Ahí tienes á tu padre; ántes ni los criados lo sufrían... y hoy es un cordero. (Ábrese con estruendo la puerta del cuarto de Lorenzo y sale Vicente perseguido por aquel.)

VIC. ¡Ay, ay! Hoy me despido de la casa.

LOR. ¡Da gracias á que estoy de buen humor! ¡Esos cigarros! ¡Pronto! (Váse Vicente por el fondo y D. Lorenzo entra en su cuarto.)

AMALIA. No parece que se ha suavizado mucho el genio de papá.

ROS. ¡Ay, hija! Esos son resabios. Me voy á mi gabinete... Estas cosas me revuelven la bilis... Espero que no serán perdidas mis lecciones. Ahora, que aún es tiempo, imponte... ó no tienes marido.

AMALIA. Me atreveré á todo con tal de no perderlo.

ROS. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Qué raza de cocodrilos! (Entra en su cuarto.)

ESCENA VIII.

AMALIA, ENRIQUE.

AMALIA. Tiene razon mamá. Soy demasiado confiada y Enrique se aprovecha de la ocasion. Pero lo que es hoy... Aquí está... parece que viene de mal humor.

ENR. (Por el fondo.) ¡Pues señor, llegué tarde! ¡Cómo ha de ser! ¡Ah! ¿Estabas ahí?

AMALIA. Sí, esperándote. ¡Ya se ve, has estado hoy tan madrugador!

ENR. ¡Madrugador! Eso tú, que á las nueve de la mañana ya estabas en la calle.

AMALIA. ¡Cómo! ¿Intentarás prohibirme que salga? ¿Que me dé el aire?

ENR. ¡Líbreme Dios de tal cosa!

AMALIA. Lo que tú quisieras sería que permaneciese siempre entre estas cuatro paredes. Bien lo sé.

ENR. ¡Yo! ¡Vamos, qué tonto! ¡No había caido en que hoy estás de broma!

AMALIA. No estoy de broma, caballero. ¿Se admira usted de que yo haya salido, cabalmente cuando viene usted de la calle... ¡Dios sabe de dónde!

ENR. Oye, oye. ¿Pues no te dije ayer que tenía que ir á un entierro?

AMALIA. ¡Un pretexto! (¡Esto es lo que dice mamá!... Bien voy!...)

ENR. ¡Yo pretextos! Amalia ¿quiéres decirme qué significa esto? ¿ese cambio tan brusco de carácter que noto en tí? ¿esas frases que me diriges?

AMALIA. Significa que he llegado á comprender que no me amas, que te fastidio.

ENR. ¿Estás loca?

AMALIA. No estoy loca, no; pero principio á ver claro.

ENR. Pues yo... veo turbio. Y esto, Amalia, no puede continuar de este modo.

AMALIA. ¿Qué quieres decir?

ENR. Quiero decir que tus señores padres...

AMALIA. ¡Caballero! ¡No permitiré que insulte usted á mis padres!

ENR. No trato de eso. Trato únicamente de evitar que mi casa se convierta en un campo de Agramante.

AMALIA. Pues principie usted por corregir su conducta.

ENR. ¡Mi conducta!

AMALIA. Y por separarse de sus amigotes; de esos amigotes que le pervierten.

ENR. Pero...

AMALIA. Y por no abandonar á su esposa.

ENR. ¡Amalia! (Pues señor, me han cambiado á mi mujer.)

AMALIA. ¡Aunque ya sé que usted me odia, caballero!

ENR. ¡Que la odio! ¡Perdonadla, Dios mio, no sabe lo que se dice! (Se sienta junto al velador quedando pensativo. Amalia se acerca á él por detrás hablándole con cariño.)

AMALIA. (¡Pobrecillo! Me parece que el sistema de mamá es demasiado duro.)

ENR. (¡Quién había de decir! Aunque no... Ya me figuro lo que es... Mi mujer habla por boca de... suegro!)

AMALIA. (Tal vez variando de sistema...) ¿Enrique?

ENR. ¿Amalia?

AMALIA. ¿Te has enfadado?

ENR. ¿Enfadarme? (¡Esta es otra!) ¿Enfadarme yo? ¿y contigo? ¿Quieres callar? Pero comprende que tu mal humor... que tus reproches... son injustificados. No, si es una broma, te aseguro que es una broma muy pesada.

AMALIA. Me perdonas, ¿verdad?

ENR. ¿Perdonarte? ¿Qué, hija mia?

AMALIA. Mis inconveniencias, mis tonterías de hace un momento.

ENR. No, no, Amalia, ahora caigo. Las inconveniencias y las tonterías creo que las he dicho yo.

AMALIA. No, yo.

ENR. No, no. Dispénsame, yo.

AMALIA. Te digo que yo, Enrique.

ENR. Ea, pues partamos la diferencia. Las habremos dicho los dos. Perdóname tú tambien, y en paz.

AMALIA. ¡Qué bueno eres!

ENR. ¿Por qué? Porque te amo y todo mi afan es verte contenta.

AMALIA. ¿De veras?

ENR. ¿Puedes dudarlo?

AMALIA. De modo que si te pidiese un pequeño favor...

ENR. ¿Qué me pedirás tú que no te conceda?

AMALIA. No creas, no tiene nada de particular lo que deseo. ¿Me llevarás al concierto?

ENR. ¡Cómo! ¿No te dije ayer?...

AMALIA. Sí... que tenías que ir al Ateneo.

ENR. Á dar una conferencia, para lo cual estoy comprometido hace más de un mes.

AMALIA. ¿Y no se pudiera dejar eso para otro dia?

ENR. ¡Imposible! ¿Qué se diría de mi formalidad, de mi carácter? Acaso lo achacarían á insuficiencia.

AMALIA. ¿Es decir, que consideras eso preferible á tu mujer?

ENR. Preferible á tí no hay nada en el mundo... Pero comprende, Amalia, hazte el cargo...

AMALIA. Iré entónces con mi mamá.

ENR. Perdona por hoy el concierto. Dame ese gusto, ¿sí?

AMALIA. (¡Bien decía mi mamá!) Lo comprendo todo, caballero. ¡Oh! ¡Los hombres! ¡Qué raza de cocodrilos!

ENR. ¡Yo un cocodrilo! ¡Amalia!

AMALIA. Estos complacientes, estos bobos, son los peores.

ENR. ¡Yo bobo! (No hay duda, me han cambiado mi mujer.)

AMALIA. ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada soy!

ENR. ¡Qué dice! ¡Pero oye! ¡Escucha!

AMALIA. ¡Basta, caballero! Ya sé á qué atenerme respecto á usted. Ya sé que no me queda nadie en el mundo! Nadie más qué mis padres! (Entra en el cuarto de Rosenda.)

ENR. ¡Pero vamos!... Esto es incomprensible... Á mi mujer por fuerza la han dado algun brevaje para trasformarla de este modo. No, Enrique, tú no debes ceder... aunque lo sientas. Es más; en desquite de este capricho que me veía obligado á negarle, había pensado llevarla esta noche al baile del Teatro Real. Aquí están los billetes. (Saca los billetes que deja despues olvidados sobre el velador.) Pensaba sorprenderla; pero ya no la digo nada. Es necesario tener carácter. ¡Pues hombre! (Tira de la campanilla.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, CRIADA, en el fondo.

CRIADA. ¿Llama el señor?
ENR. Llamo á Vicente.
CRIADA. No está.
ENR. ¿Tampoco ahora?
CRIADA. Ha ido á un recado.
ENR. Sí, de don Lorenzo. (Debí sospecharlo.)
CRIADA. Yo tambien voy á salir á un recado.
ENR. De doña Rosenda; está bien. (Váse la Criada.) Aquí no hay más que un dilema. Ó se van mis suegros, ó me suicido. (Entra en su cuarto.)

ESCENA X.

ROSENDA, AMALIA, despues LORENZO.

ROS. ¿Dónde está ese bribon?
AMALIA. ¡Por Dios, mamá!
ROS. ¡Bribon! sí. Déjame que se lo diga ó reviento. (Llamando en el cuarto de Lorenzo.) ¡Lorenzo! ¡Lorenzo!
AMALIA. ¿Qué vas á hacer?
ROS. Á contárselo todo á tu padre para que se escandalice.
AMALIA. Eso no.
LOR. (Saliendo.) ¿Pero todavía no ha venido ese con los cigarros? ¡Calla! ¿Qué es eso? ¡Tú has llorado!
AMALIA. No lo creas. (Bajo á Rosenda.) (No le digas nada.)
ROS. ¡Cómo qué no le diga nada! Pues si se ha de poner en los papeles públicos.
LOR. ¿Acabais de hablar?
ROS. ¿Qué ha de ser? ¡Qué nuestra pobre hija es muy desgraciada!
LOR. ¿Cómo?
AMALIA. ¡Mamá!...

ROS. ¡Qué su dichoso marido es un bribon de siete suelas!

AMALIA. ¡Oh!

LOR. ¡Qué oigo! ¡Mi sable! ¡Mi sable! ¡Y no haber llegado todavía el equipaje!

ROS. ¡Un infiel, que olvida sus deberes!

AMALIA. Papá, ¡yo te lo suplico!...

LOR. ¡Ah! ¿Conque olvida sus deberes el señorito?...

ROS. ¿No ves cómo la trata? ¿Quieres creer que se ha negado á llevarla al concierto del Conservatorio? ¿Qué significa esto? Que él tiene interés en ir solo á sus correrías.

LOR. Es verdad.

AMALIA. Ó tal vez no.

ROS. ¿Y sabes lo que hemos pensado? Irnos esta y yo, nada más que por darle en la cabeza.

LOR. ¡Bien hecho!

AMALIA. Yo no me atrevo, mamá.

ROS. ¿Oyes esto?

LOR. ¡Cómo se entiende! ¡Vaya si se atreverá usted!

ROS. ¡Y luégo se queja! ¡Y luégo llora! ¡Le está muy bien empleado!

AMALIA. Pero si se incomoda...

ROS. Mejor. Eso es lo que buscamos.

LOR. Ya se ve que sí.

ROS. Porque necesita una leccion.

LOR. Eso es... una leccion.

ROS. Y sobre todo tú felicidad lo exige.

LOR. ¡Justo! Lo exige tu felicidad.

AMALIA. Tú crees?...

ROS. Sigue mis consejos y no seas tonta. (Á Lorenzo.) Te prohibo terminantemente que le digas una palabra.

LOR. Pero mujer...

ROS. Déjame á mí este asunto: tú no harías más que echarlo á perder.

LOR. (Que revuelve los objetos que hay sobre el velador y halla los billetes.) Como tú quieras. ¿Pero, qué? ¿Tambien os vais esta noche al teatro?

ROS. ¿Cómo al teatro?

AMALIA. ¿Nosotras?

LOR. ¡Está claro! Aquí hay billetes para el baile del Real. Por cierto que no hay más que uno de señora.

ROS. ¿Y ahora? ¿Comprendes ahora lo que es tu señor esposo? ¿Quién será esa señora que intenta llevar al baile? ¿Cómo es que no te ha dicho nada?

AMALIA. (Rompiendo los billetes.) ¡Oh! no irán. Yo te juro que con estos billetes no irán.

ROS. ¡Y se los deja olvidados el libertino! Que digan luégo que no hay Providencia.

AMALIA. ¡Oh, Enrique! Esto sí que no te lo perdono!

ROS. ¡Lorenzo, te doy permiso para que lo desafíes y para que lo mates!

LOR. Eso segundo no te lo prometo. Mandaré otra vez á la estacion á ver si ha venido el sable.

ROS. ¡Mátalo! pero nada más. Deja lo restante de mi cuenta.

AMALIA. No hagas caso, papá.

ROS. Vamos á vestirnos, no se nos haga tarde para el concierto. (Vánse.)

ESCENA IX.

LORENZO, VICENTE, ENRIQUE.

LOR. ¡Hola! ¡Hola! ¿Conque tan buen sujeto es mi yerno? Yo sabré poner coto. Cuando yo era cadete de caballería...

VIC. (En el fondo, con miedo.) ¡Se... señor, los cigarros!

LOR. ¡Ya era tiempo!

ENR. (Desde dentro.) ¡Vicente!

VIC. ¡Señor!

LOR. ¿Dónde vas?

VIC. Ha llamado el señorito.

LOR. ¡Ahorá te necesito yo!

ENR. (Dentro.) ¡Vicente!

LOR. Entra en mi cuarto y cepilla la ropa que está sobre la cama.

ENR. (Saliendo.) ¡Pero, chico! ¿no oyes que te llamo?

VIC. Sí, pero...

ENR. Vé á casa del sombrerero por mi sombrero.

LOR. Dispense usted; ántes le he mandado yo otra cosa.

ENR. Perdone usted; pero...

LOR. Voy á salir y necesito que cepille mi gaban.

ENR. Es que á mí me es indispensable el sombrero.

LOR. Entra en mi cuarto.) (Á Vicente.)

ENR. (Á Vicente.) ¿Qué haces ahí? Anda á lo que te he dicho.

VIC. ¡Yo... señor!...

LOR. (Cogiendo á Vicente de un brazo.) ¡Cómo se entiende! ¡Venga usted acá!

VIC. Pero...

ENR. (Cogiendo del otro brazo á Vicente.) Vaya usted á la sombrerería.

VIC. Es que...

LOR. ¡Yerno!

ENR. ¡Suegro! Sí, chico, anda y cepilla á ese señor, que bien lo necesita.

LOR. ¡Adentro! (Á Vicente.)

ENR. (Suegros de esta naturaleza no necesitan comentarios.) (Entra en su cuarto.)

ESCENA XII.

LORENZO, ROSENDA, AMALIA, VICENTE, que al oir á Rosenda se detiene en la puerta del cuarto de Lorenzo.

LOR. (Á Vicente.) Limpia bien esa ropa y no te entretengas en registrar los bolsillos.

AMALIA. (Saliendo con Rosenda.) ¡Si vieras qué á disgusto voy!

LOR. ¿Estais ya dispuestas?

ROS. Sí; pero es menester que baje el chico á buscar un coche.

LOR. ¡Anda! (Á Vicente.)

VIC. ¡Al instante! (Sin moverse.)

LOR. ¿Qué esperas? Y vuelve pronto.

VIC. (Ah! Pues se le ha olvidado el puntapié.)

ROS. Vaya, hasta luégo.

AMALIA. Hasta luégo, papá. (Vánse por el fondo.)

LOR. Divertirse... Mi mujer lo entiende... ¡Oh! Ya puede decir mi yerno que le ha caido la lotería.

ESCENA XIII.

ENRIQUE, despues VICENTE.

ENR. (Buscando en el velador.) ¡Es particular! ¡Pues tampoco están aquí los billetes! Decididamente tengo la cabeza á pájaros. Yo no sé qué tiene esta atmósfera desde anteayer. Sin duda le falta oxígeno y le sobra suegro. (Entra Vicente, que se dirige al cuarto de Lorenzo.) Oye tú. ¿has encontrado por ahí unos billetes de teatro?

VIC. No señor.

ENR. (Hablando para sí y paseándose; Vicente lo sigue.) ¡Está bien! Y no hay remedio, la llevo al baile! ¡Valiente disgusto la he dado! ¡Pobrecilla! ¿Sabes si está la señora en su gabinete?

VIC. La señora ha salido.

ENR. ¿Otra vez?

VIC. Ha ido al Conservatorio con su mamá.

ENR. ¿Al concierto? ¡No puede ser!

VIC. Sí señor. Ahora vengo de buscarles el coche.

ENR. ¡Al concierto! (Pensativo.) Despues de haberle suplicado!... ¡Al concierto!

VIC. Si el señor manda alguna cosa.

ENR. (Sin hacer caso de Vicente.) ¡Pero esto es una burla! Yo no debo permitir... Sí... eso es .. No hay más remedio. ¡Concluyamos de una vez! ¡Vicente!

VIC. ¡Señor!

ENR. Entra en mi cuarto, arregla mi maleta, pon en ella todo lo necesario para un largo viaje. ¿Entiendes?

VIC. Sí señor.

ENR. Despues, llevas mi equipaje á la Fonda Peninsular. Diez

minutos te doy de término. Andando (Entra Vicente en el cuarto de Enrique.) ¡Al concierto! ¡Perfectamente! ¿Quiere ser dueña de su voluntad hasta ese punto? Lo será, sí señor. Nada: ella se queda en su casa con sus padres. Yo me iré por lo pronto á una fonda... Despues... despues á correr mundo... Á Pekin... ¡á Pekin no! Á un país donde no haya suegros. ¡Y lloro! ¡Pues no lloro! ¡Voto va! La escribiré una cartita despidiéndome. (Se pone á escribir en el velador.)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, escribiendo, CÁRLOS, por el fondo.

CARLOS. ¡Hola, chico! ¿Qué haces?

ENR. ¡Ya lo ves! Escribir.

CARLOS. ¿No vienes al Ateneo? Mira que ya es hora.

ENR. No.

CARLOS. ¡Cómo! ¿Tanta prisa te corre esa carta?

ENR. Mucha.

CARLOS. ¡Á tí te pasa algo! ¿Se puede saber á quién escribes?

ENR. ¡Á mi mujer!

CARLOS. ¡Qué rareza!

ENR. (Entregándole la carta.) ¡Mira!

CARLOS. (Leyendo.) «Señora: no quiero ser un tirano para usted. »Tampoco quiero que mi voluntad sea juguete de sus ca»prichos. Solo hallo un medio de conciliar estos dos »extremos: la separacion. Separémonos, pues...» ¡Cómo! ¿Te marchas? ¡Pero estás loco?

ENR. Creo que no.

CARLOS. Pero vamos á ver, ¿qué ha pasado aquí para dar lugar á esto?

ENR. Pichs! Le dije á Amalia que no fuera al concierto... y en el conservatorio está con su madre. Yo pensaba esta noche llevarla al baile del Real.

CARLOS. Pero lo sucedido no vale la pena.

ENR. Para mí, sí. Eso va en caractéres.

CARLOS. ¿Y no habrá algun medio de arreglar?...

ENR. No.

CARLOS. Pero tu resolucion...

ENR. ¡Es irrevocable! (Entra Enrique en su cuarto. La carta queda sobre el velador.)

ESCENA XV.

CÁRLOS, despues ROSENDA y AMALIA.

CARLOS. ¡Caramba! ¡El asunto es grave! Pero me parece que Enrique lo toma muy á lo vivo. ¡Oigo la voz de la vieja! Pronto vuelven.

ROS. (Por el fondo seguida de Amalia.) ¡Tonta! ¡Tonta! ¡y tonta! ¡Volverse desde mitad del camino!

AMALIA. ¿No te dije que iba á la fuerza? (Viendo á Cárlos y saludando.) ¡Oh! ¡Cárlos!...

CARLOS. ¡Amalia! ¡Señora!... (Saludando.)

ROS. (Saludando con mal modo.) ¡Caballero! (¡El amigote!)

CARLOS. (Bajo á Amalia.) (Tenemos que hablar de Enrique.)

AMALIA. (Bajo á Cárlos.) (¡De Enrique!)

ROS. Celebro verle aquí.

CARLOS. Mil gracias.

ROS. No, esas gracias se las guarda usted, que buena falta le hacen.

CARLOS. Señora...

AMALIA. Mamá...

ROS. Yo soy muy clara... muy clara... Aragonesa, ¿está usted?

CARLOS. ¡Ya! ¡Ya estoy! (¡Caramba con la suegra! ¡Pobre Enrique!)

ROS. Usted es el amigo, el inseparable de mi yerno, ¿verdad?

CARLOS. Efectivamente; hace mucho tiempo que tengo el gusto de...

ROS. Pues tiene usted un amigo de oro. Por supuesto que usted...

CARLOS. No entiendo...

AMALIA. ¡Pero, mamá, por Dios!

ROS. ¡Qué! ¿Quieres que calle despues de lo que ha pasado? ¡Estaría bueno! ¡Puede ser que reventase! Estas cosas se han de decir muy alto, sí señor. ¿Qué le parece á usted un marido que no hace caso de su esposa?

CARLOS. Me parece muy mal.

ROS. ¡Que la abandona! ¡Que la contraría á cada instante!

AMALIA. ¡No seas injusta con Enrique, mamá.

ROS. ¡Cállese usted! ¿Y una esposa que porque su caprichoso marido la prohibe ir á un concierto se vuelve desde mitad del camino?

CARLOS. Me parece muy bien; una esposa modelo.

ROS. ¡Una tonta!

CARLOS. Permítame usted.

ROS. ¿Y un amigo, un amigote, que acaso tiene la culpa de las calaveradas del marido?

CARLOS. ¡Oh! Ese debe ser un mal sujeto.

ROS. ¡Pero malísimo! Dígalo usted, hombre.

CARLOS. ¡Sí, malísimo!

ROS. Pues aplíquese usted el cuento.

CARLOS. ¿Yo?

ROS. ¡Basta! ¿Entras á desnudarte?

AMALIA. Voy á descansar ántes.

ROS. Pues yo sí. ¡Volverse desde la puerta del Sol! Hasta luégo.

CARLOS. ¡Señora!...

ESCENA XVI.

CÁRLOS, AMALIA.

AMALIA. (Con ansiedad,) ¡Cárlos!

CARLOS. Amalia, Enrique está muy disgustado.

AMALIA. ¡Dios mio!

CARLOS. Ha sentido mucho que se fuera usted al concierto. Esta noche pensaba llevarla á usted al baile del Teatro Real.

AMALIA. ¡Ah! Con que esos billetes que yo he roto...

CARLOS. ¡Cómo!

AMALIA. Sí; los rompí, porque no sabiendo nada, sospeché...

CARLOS. Permítame que le diga que no tiene motivos para dudar de su esposo.

AMALIA. ¡Dios mio! ¡Yo estaba ofuscada! (Viendo la carta de Enrique que Cárlos la presenta.) Letra de Enrique! ¿Y es para mí la carta?

CARLOS. Sí, para usted.

AMALIA. Pero... y él... ¿dónde está?

CARLOS. Lea usted, lea usted.

AMALIA. (Despues de leer.) ¡Jesús! ¡Se marcha! ¡Me abandona! ¡Oh! ¡Cárlos!... ¡Cárlos!... ¡Deténgalo usted!... ¡No me perdonará nunca!

CARLOS. ¡Tranquilícese usted, señora.

ESCENA XVII.

DICHOS, VICENTE, que sale del cuarto de Enrique con una maleta; despues ENRIQUE.

AMALIA. (Á Vicente.) ¿Dónde vas?

VIC. Á la fonda.

AMALIA. Espérate.

VIC. Es que el amo me ha dicho...

CARLOS. No importa. Espérate.

ENR. (Saliendo de su cuarto: á Vicente.) ¿Qué haces ahí? (Viendo á Amalia.) (¡Ah! ¡Ella!)

AMALIA. (Cogiéndose del brazo de Enrique.) ¡Enrique!

ENR. ¿Dónde va usted, señora?

AMALIA. ¡Contigo! ¡Con mi esposo! ¡Dónde tú vayas!

ENR. ¡Eso es imposible!

CARLOS. Enrique, ten calma y...

ENR. ¡Basta! (Si esto se prolonga estoy viendo que voy á ceder.) ¡Andando!

CARLOS. ¡No saldrás! (Interponiéndose.)

ENR. ¡Cárlos!

CARLOS. ¡No saldrás, te digo! No seas cruel é injusto con tu pobre esposa, que te ama y que es digna de tí.

ENR. Pero... (¡Ea, ya principio á flaquear!)

CARLOS. (Á Vicente.) Entra esa maleta al cuarto y déjanos. (Vi-

cente obedece.)

AMALIA. ¡Pérdoname, Enrique!

CARLOS. Su esposo no tiene nada que perdonarla, señora. Lo que ha sucedido es culpa de...

ENR. Sí, ya lo sé; de mis suegros.

CARLOS. ¡Y tuya!

ENR. ¿Mia?

AMALIA. ¡Suya!

CARLOS. Ese carácter quijotesco... Y si tú fueras como debías ser la pedirías perdon á tu esposa por el disgusto que le has dado.

ENR. ¡Cárlos! ¡Cárlos!

AMALIA. ¿Á mí?

CARLOS. ¡Vamos, anda!

ENR. (Bajo á Cárlos.) (¿Estás loco?)

CARLOS. ¡Señora! Enrique la pide á usted humildemente perdon.

ENR. (Bajo á Cárlos.) (¡Te voy á matar!)

AMALIA. ¡Enrique mio! (Abrazándole.)

ENR. (Abrazándola.) ¡Amalia! ¡Cárlos! (Le da la mano á Cárlos.) (Ya verás como te mato.) (Bajo á Cárlos.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ROSENDA, despues LORENZO.

ROS. ¡Qué veo! ¡Jesús! ¡Jesús!

LOR. (Saliendo del cuarto.) ¿Qué sucede?

ROS. ¡Mira! ¡Abrazados!

LOR. ¡Me alegro! ¡Todavía no ha llegado mi sable!

ROS. ¿Pero, qué significa esto?

CARLOS. Significa, que el amor ha triunfado de las crueles pruebas á que lo hahía sometido el cariño, grande sí, pero irreflexivo y ciego de los padres.

ROS. ¿Es decir que nosotros?...

ENR. Que ustedes sin querer iban á matar nuestra dicha.

AMALIA. ¿Qué vas á hacer?

ENR. Á *eortar por lo sano* para asegurar nuestra felicidad. (Á Rosenda.) En nosotros tienen ustedes unos hijos que

los respetan y los aman; pero de lejos, ¡de lejos!

ROS. ¿Oyes, Lorenzo? Esta noche á Zaragoza.

CARLOS. Perfectamente.

LOR. Cuando yo era cadete de caballería...

ROS. Por el camino me lo contarás. ¡Anda, hijo, y allá se las entiendan ellos! (Rosenda y Lorenzo entran en sus respectivos cuartos.)

AMALIA. ¡Qué bueno eres!

ENR. ¡Y tú, qué hermosa!

CARLOS. ¡Vaya! Yo estoy aquí de más.

ENR. Un momento.

(Al público.) Si os agrada la leccion,
mostrad vuestra aprobacion
batiendo mano con mano,
ántes que caiga el telon
y CORTEMOS POR LO SANO.

FIN.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1879.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Cortar por lo sano	1	D. A. Sanchez Ramon	Todo.
Donde fueres, haz lo que vieres	1	E. Jackson Cortés	»
Dos sabios	1	Antonio Salazar	»
El cuerpo del delito	1	José Jackson Veyan	»
Las citas de Carlota	1	Luis Cocat	»
Perdido por mil	1	E. Navarro	»
Por indicios	1	F. Roccherini	»
Primera carta de amor	1	E. Navarro	»
Sin comerlo ni beberlo	1	I. A. Bermejo	»
A espaldas de su marido	2	Ildefonso A. Bermejo.	»
Como las golondrinas	3	M. Echegaray	»
Don Baldomero Espartero	3	A. Gamayo	»
En el seno de la muerte	3	José Echegaray	»
En la piedra de toque	3	E. Alvarez Gimenez.	»
ZARZUELAS.			
El lucero del alba	1	M. Fnandz. Caballero	M,
La pecadora, cancion	1	Sres. Alvarez, Puente y Caballero	L. y M.
Espiridion en Vulcano	2	Rafael Tahoada. *Mit.*	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.